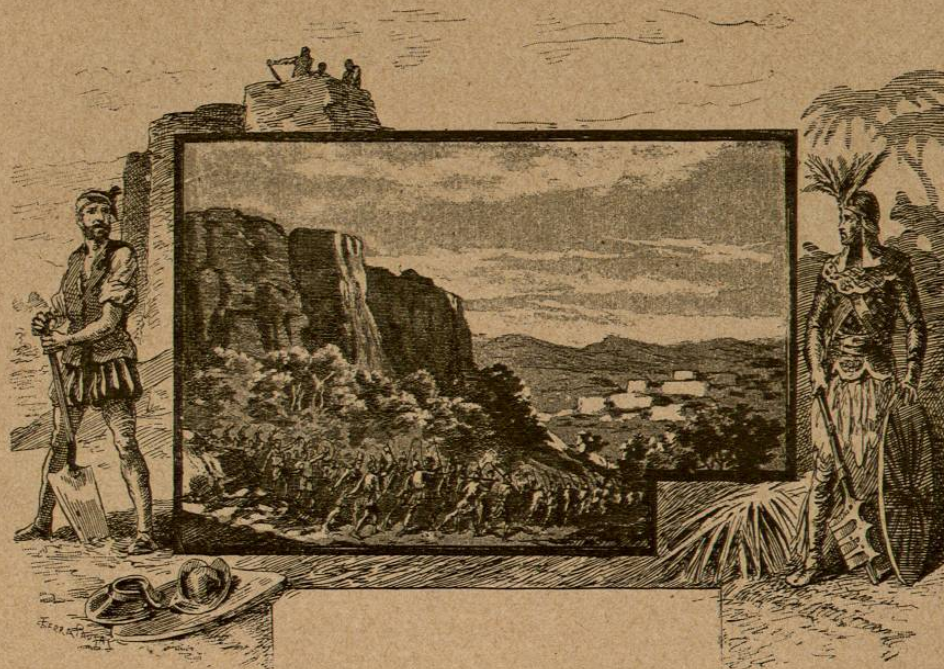


Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,  
Y gran rato sobre ello platicaron;  
Pareciéndoles modo provechoso  
Todos en este acuerdo concordaron:  
Después do estaba el pueblo deseoso  
De saber novedades se bajaron,  
Donde lo difnido y decretado  
Con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce días  
En grande regocijo y mucha fiesta,  
Ocupados en juegos y alegrías,  
Y en quien mas veces bebe sobre apuesta:  
Después contra los pueblos del Mesías,  
La alborozada gente en orden puesta,  
Marcha Caupolicán con la vanguardia,  
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso  
De la Imperial, fundada en sitio fuerte,  
Donde el fiero enemigo vitorioso  
La pensaba entregar presto á la muerte;  
Mas el eterno Padre poderoso  
Lo dispone y ordena de otra suerte,  
Dilatando el azote merecido,  
Como vereis prestando atento oido.



## CANTO IX

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permission divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepción. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos  
Como se vieron en la edad pasada,  
Es causa haber agora pocos santos,  
Y estar la ley cristiana autorizada;  
Y así de cualquier cosa hacen espantos  
Que sobre el natural uso es obrada;  
Y no solo al autor no dan creencia,  
Mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,  
Por su costumbre y tiempo convalece;  
Si al bajo miserable levantarle,  
Por modos ordinarios le engrandece;  
Si al soberbio hinchado derribarle,  
Por naturales términos se ofrece:  
De suerte que las cosas desta vida  
Van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura  
Hacer su voluntad naturalmente,  
Sirviendo de instrumento la natura  
Sobre la cual él solo es el potente:  
Y así los que creyeron por fe pura  
Merecen mas, que si palpablemente  
Viesen lo que después de ya visible  
Sacarlos de que fué seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,  
Que soy de poner dudas enemigo,  
Y es un estraño caso milagroso  
Que fué todo un ejército testigo;  
Aunque yo soy en esto escrupuloso  
Por lo que dello arriba, señor, digo,  
No dejaré en efeto de contarle,  
Pues los indios no dejan de afirmarlo.



Y manifiesto vemos hoy en día,  
Que porque la ley sacra se estendiese,  
Nuestro Dios los milagros permitía,  
Y que el natural orden se escediese:  
Presumir se podrá por esta vía,  
Que para que á la fe se redujese  
La bárbara costumbre y ciega gente,  
Usase de milagro claramente.

Ya dije que el ejército araucano  
De la Imperial tres leguas se alojaba  
En un dispuesto asiento y campo llano,  
Y que Caupolicán determinaba  
Entrar el pueblo con armada mano;  
También cómo el castigo dilatava  
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,  
Usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida  
De armas, de municion y víjialla;  
Bien que la gente della era escogida,  
Pero muy poca para dar batalla:  
Fuera por los cimientos destruida,  
Cualquier fuerza bastara á arruinalla,  
Y persona de dentro no escapara,  
Si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí queria mudarse  
Que ya la trompa á caminar tocaba,  
Súbito comenzó el aire á turbarse,  
Y de prodigios tristes se espesaba;  
Nubes con nubes vienen á cerrarse,  
Turbulento rumor se levantaba,  
Que con airados ímpetus violentos  
Mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa  
Las intrincadas nubes despedían,  
Rayos, truenos, relámpagos apriesa  
Rompen los cielos y la tierra abrian:  
Hacen los vientos áspera represa  
Que en su entera violencia competian;  
Cuanto topa arrebata el torbellino,  
Alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta,  
No hay corazon, no hay ánimo así entero,  
Que en tanta confusion, furia y tormenta  
No temblase, aunque mas fuese de acero:  
En esto Eponamon se les presenta  
En forma de dragon horrible y fiero,  
Con enroscada cola envuelto en fuego,  
Y en ronca y torpe voz les habló luego,

Diciéndoles que aprisa caminasen  
Sobre el pueblo español amedrentado,  
Que por cualquiera banda que llegasen  
Con gran facilidad seria tomado,  
Y que al cuchillo y fuego le entregasen  
Sin dejar hombre á vida y muro alzado.  
Esto dicho, que todos lo entendieron,  
En humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos  
Fueron sus movimientos aplacando,  
Y los desenfrenados cuatro vientos  
Se van á sus cavernas retirando;  
Las nubes se retraen á sus asientos,  
El cielo y claro sol desocupando:  
Solo el miedo en el pecho mas osado  
No dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesó, y el raso cielo  
Vistió el húmido campo de alegría,  
Cuando con claro y presuroso vuelo,  
En una nube una mujer venía  
Cubierta de un hermoso y limpio velo,  
Con tanto resplandor, que al mediodía  
La claridad del sol delante della  
Es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada  
A todos confortó con su venida;  
Venía de un viejo cano acompañada  
Al parecer de grave y santa vida:  
Con una blanda voz y delicada  
Les dice: «¿Dónde andais, gente perdida?  
Volved, volved el paso á vuestra tierra,  
No vais á la Imperial á mover guerra.

»Que Dios quiere ayudar á sus cristianos  
Y darles sobre vos mando y potencia,  
Pues ingratos, rebeldes, inhumanos,  
Así le habeis negado la obediencia:  
Mirad no vais allá, porque en sus manos  
Pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.»  
Diciendo esto y dejando el bajo suelo,  
Por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la vision gloriosa  
De aquel velo blanquísimo cubierta  
Siguen con vista fija y codiciosa,  
Casi sin alentar, la boca abierta:  
Ya que desapareció, fué estraña cosa,  
Que como quien atónito despierta  
Los unos á los otros se miraban,  
Y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento,  
Sin esperar mandato ni otro ruego,  
Como si solo aquel fuera su intento  
El camino de Arauco toman luego:  
Van sin orden lijeros como el viento,  
Paréceles que de un sensible fuego  
Por detrás las espaldas se encendian,  
Y así con mayor ímpetu corrian.

Heme, señor, de muchos informado,  
Porque con mas autoridad se cuente;  
A veinte y tres de abril, que hoy es mediado,  
Hará cuatro años cierta y justamente,  
Que el caso milagroso aquí contado  
Aconteció, un ejército presente,  
El año de quinientos y cincuenta  
Y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada,  
Segun que de los bárbaros se sabe,  
Y no de fingimientos adornada,  
Que es cosa que en materia tal no cabe:  
Tienen ellos por cosa averiguada,  
Que no es en prueba desto poco grave,  
Que por esta vision hubo en dos años  
Hambre, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar reprimiendo sus vapores  
Faltó la agua y vertientes de la sierra,  
Talandó el sol en tierna edad las flores  
Ayudado del fuego de la guerra.  
Como creció la seca y los calores,  
Por falta de humedad la árida tierra  
Rompió banco y alzóse con los frutos,  
Dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese  
En el distrito y término araucano,  
Y fué que carne humana se comiese  
¡Inorme introducion! ¡Caso inhumano!  
Y en parricidio error se convirtiese  
El hermano en sustancia del hermano.  
Tal madre hubo que al hijo muy querido  
Al vientre le volvió do había salido.

Digo pues que los bárbaros llegando  
Al valle de Purén, paterno suelo,  
Las armas por entonces arrimando,  
Dieron lugar al tempestuoso cielo:  
Es este tiempo, en estas partes, cuando  
El encogido invierno con su hielo  
Del todo apoderándose en la tierra,  
Pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,  
Dejan el campo y buscan los poblados,  
Cesa el fiero ejercicio comunmente,  
La tierra cubren húmidos ñublados.  
Mas cuando enciende á Escorpío el sol ardiente,  
Y la frígida nieve los collados  
Sacuden de sus cimas levantadas,  
Ya de la nueva yerba coronadas:

En este tiempo el bullicioso Marte  
Saca su carro con horrible estruendo,  
Y ardiendo en ira belicosa, parte  
Por el dispuesto Arauco discurriendo:  
Hace temblar la tierra á cada parte  
Los ferrados caballos impeliendo,  
Y en la diestra el sangriento hierro agudo,  
Bate con la siniestra el fuerte escudo.



Luego á furor movidos los guerreros,  
Toman las armas, dejan el reposo,  
Acuden los remotos forasteros  
Al cebo de la guerra codicioso:  
De los hierros renuevan los aceros,  
Templan la cuerda al arco vigoroso,  
El peso de las mazas acrecientan,  
Y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera  
Con el son de las armas y bullicio,  
Que codiciosa comenzar espera  
El deseado bélico ejercicio:  
Juntáronse á la usada borrachera,  
Orden antigua y detestable vicio,  
La mas ilustre gente y señalada  
A dar difinicion en la jornada.

• Tratando en general concilio estaban  
Del bien y aumentacion de aquel estado,  
Cuando cuatro soldados arribaban  
Con triste muestra y paso apresurado,  
Haciéndoles saber cómo ya andaban  
En el sitio de Penco arruinado  
Cantidad de españoles trabajando,  
Un grueso y fuerte muro levantando,

Diciéndoles: «Venimos, ¡oh guerreros!  
De parte de los pueblos comarcanos  
Con facultad bastante á prometeros,  
Si desterrais de nuevo á los cristianos,  
Que pagarán con sumas de dineros  
El trabajo y labor de vuestras manos;  
Y no habiendo el efeto deseado,  
La tercia parte hayais de lo asentado.

»Viendo el poco reparo y resistencia  
Que sin vuestro favor todos tenemos,  
Les dimos llanamente la obediencia  
Que en el tiempo infelice dar solemos:  
No fué por opresion, no fué violencia,  
Pues, aunque desdichados, entendemos  
Cuán breve es el suspiro de la muerte,  
Que pone fin y límite á la suerte.

»Mas porque estando Arauco tan vecino  
Y fija en su favor la instable rueda,  
La paz nos pareció mejor camino  
Para que remediar todo se pueda:  
Ya que lo estrague el áspero destino,  
Tiempo para morir después nos queda,  
Pues no estarán los brazos tan cansados  
Que no puedan abrir nuestros costados.

»Y pues os es patente y manifiesta  
La embajada y gran priesa que traemos,  
En ella ora tratad, que la respuesta  
Con la resolucion esperaremos:  
Brevedad os pedimos, que con esta  
Podrá ser que sin riesgo derribemos  
La soberbia española y confianza.  
Antes que les dé esfuerzo la tardanza.»

No se puede decir el gran contento  
Que les dió á los caciques la embajada:  
De todos desde allí en el pensamiento  
Antes que se acabase fué acetada;  
Pero tuvieren freno y sufrimiento,  
Que la primera voz estaba dada  
Al hijo de Leocán, que consultado  
Así responde en nombre del senado:

«Estamos con razon maravillados  
De lo que en este caso hemos oido.  
¿Y es verdad que hay cristianos tan osados  
Que quieren con nosotros mas ruido?  
Sús, sú, que estos varones esforzados  
Acetan la promesa y el partido:  
No dando entero fin á la jornada,  
Del trabajo no quieren llevar nada.

»Bien os podeis volver luego con esto,  
Que sin duda en efeto lo pondremos,  
Y sobre los cristianos lo mas presto  
Que se pueda dar orden llegaremos:  
Donde se mostrará bien manifiesto  
Lo poco en que nosotros los tenemos;  
Pero habeis de advertir con sabio modo  
Que aviso se nos dé siempre de todo.»

Muy alegres los cuatro se partieron  
Por llevar tal respuesta, y caminando  
En breve á sus señores se volvieron,  
Que estaban por momentos aguardando;  
Y visto el buen despacho que trujeron,  
El contento y traicion disimulando,  
Sufrian con discrecion las vejaciones  
Encubriendo las falsas intenciones.

Dómesticos se muestran en el trato,  
Nadie toma la causa y la defiende,  
Conociendo que el medio mas barato  
Del araucano ejército depende;  
Y con doble y solícito contrato  
La esperada venganza se pretende  
Debajo de humildad y gran secreto,  
Para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado  
Gran descuido en hablar he yo tenido;  
Mas como es en el mundo acostumbrado  
Desamparar la parte del vencido,  
Así yo tras el bando afortunado  
He llevado camino tan seguido;  
Y si aquí la ocasion no me avisara  
Jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad ya despoblada,  
Y de sus ciudadanos el camino,  
Púselos en el fin de la jornada  
Do forzoso dejarlos me convino;  
Pues volviendo á la historia comenzada  
Y al duro proceder de su destino,  
Estuvieron el tiempo en Santiago  
Que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí, se reformaron  
De todo el aparato conveniente,  
Donde por los mas votos acordaron  
Reedificar á Penco nuevamente:  
Con gran trabajo y gasto levantaron  
Pequeña copia y número de gente;  
Afirmar la ocasion desto no puedo,  
Si fué la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco hermoso habian llegado  
Y un sitio que en mitad del pueblo habia  
Le tenian de tapion fortificado,  
Que en recogido cuadro le ceñia:  
De dos fuertes bastiones abrigado,  
Que cada uno dos frentes descubria,  
Y á cada frente asiste una bombardas  
Que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida  
Muestra la paz malvada aseguraba,  
Esperando la ayuda prometida  
Que á cencerros tapados caminaba;  
Pero no fué secreta esta partida,  
Pues entre los cristianos se trataba  
Que el valiente Lautaro habia pasado  
Las lomas con ejército formado.

Suénase que Purén allí venia,  
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano,  
Tucapel, que en orgullo y bizarría  
No le igualaba bárbaro araucano;  
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,  
Caniomangue, Elicura, Mareguano,  
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,  
Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados  
Fueron para esta guerra apercebidos,  
Con otros dos mil pláticos soldados  
En el copioso ejército escogidos:  
Venian de fuertes petos arreados,  
Gruesas picas de hierros muy fornidos,  
Ferradas mazas, hachas aceradas,  
Armas arrojadas y enastadas.

Desta manera el escuadron camina  
En la callada noche y sombra oscura,  
Debajo del gobierno y disciplina  
Del cuidadoso Lautaro, que procura  
Llegar cuando la estrella matutina  
Alegra el mustio campo y la verdura,  
Antes que por aviso y doble trato  
De su venida hubiese algun recato.



Pero los españoles, de un amigo  
Bárbaro que con ellos contrataba,  
Sabén cómo el ejército enemigo  
Con riguroso intento se acercaba:  
Pues avisado desto, como digo,  
Y de cuanto en secreto se trataba,  
Al trance se aparejan y batalla  
Requiriendo los foscs y muralla.

Era caudillo y capitán de España  
El noble montañés Juan de Alvarado,  
Hombre sagaz, solícito y de maña,  
De gran esfuerzo y discrecion dotado,  
El cual con orden y presteza estraña  
Del presente peligro recatado,  
Sazon no pierde, tiempo y coyuntura,  
Antes las prevenciones apresura.

Que al punto apercebidos los soldados,  
En su lugar cada uno dellos puesto,  
Manda á nueve guerreros mas cursados  
Que salgan á correr la tierra presto;  
Y en la cerrada noche confiados  
Llegan al campo bárbaro, y en esto  
Del callado escuadron fueron sentidos,  
Levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,  
El súbito alboroto de la guerra,  
Las sonoras trompas y atambores  
Hacen gemir y estremecer la tierra:  
En esto los astutos corredores  
Atravesando una pequeña sierra  
Toman la vuelta por mas corta via,  
Dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte  
De la fuerza lo flaco fortifica,  
Y en lo mas necesario allí reparte  
Gente del arcabuz y de la pica;  
Proveido recaudo en toda parte,  
A recibir al araucano pica  
Con la lijera escuadra de á caballo,  
Por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del dia siguiente  
Sobre el claro horizonte se mostraba,  
Y el sol por el dorado y fresco oriente  
De rojo ya las nubes coloraba:  
A tal hora Alvarado con su gente  
Del prevenido fuerte se alejaba  
En busca de la escuadra lautarina,  
Que á mas andar también se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habian  
De aquel su muro lejos alongado  
Cuando al calar de un monte descubrian  
El araucano ejército ordenado:  
Allí las limpias armas relucian  
Mas que el claro cristal del sol tocado,  
Cubiertas de altas plumas las celadas,  
Verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento, cuando  
Sienten los araucanos el ruido,  
Que las diestras en alto levantando  
Pusieron en el cielo un alarido?  
Mil instrumentos bárbaros tocando,  
Con grande orgullo y paso mas tendido  
Se vienen acercando á los de España,  
Sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos  
Con el horrible son de armada mano,  
Calan el monte á fin de acometerlos,  
Teniendo por mejor el sitio llano:  
Bajas las lanzas vienen á romperlos,  
Pero la osada muestra salió en vano,  
Que los bárbaros ya disciplinados  
Del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron  
Con pié y con rostro firme acia delante,  
Que no solo el encuentro repararon,  
Pero á desbaratarlos fué bastante:  
Los nuestros sin romper se retiraron,  
Y ellos gloriosos con furor pujante,  
Por dar remate al venturoso lance  
Siguen con piés lijeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente  
Los nuestros resistiendo y peleando  
Hasta el estrecho paso de una puente,  
Que allí Lautaro al cuerno aliento dando,  
El araucano ejército obediente  
Se va al son conocido reparando:  
Del fuerte tanto trecho esto seria  
Cuanto tira un cañon de punteria.

Detúvose Lautaro con intento  
De esperar al caliente mediodía,  
Porque de la mañana el fresco viento  
Los caballos y gente alentaria:  
Reforma su escuadron haciendo asiento  
A vista de los nuestros, que á porfia  
Se habian al sitio fuerte recogido,  
Teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba  
No declinando á parte un solo punto,  
Y la aguda chicharra se entonaba  
Con un desapacible contrapunto,  
El astuto Lautaro levantaba  
Su campo en escuadron cerrado y junto  
Con grande estruendo y paso concertado  
Acia el sitio español fortificado.

Con audacia, desdén y confianza  
Lautaro contra el fuerte caminaba;  
Síguele atrás la gente en ordenanza,  
Y él con gracioso término arrastraba  
Una larga, ñudosa y gruesa lanza  
Que airoso poco á poco la terciaba,  
Y tanto por el cuento la blandia  
Que juntar los extremos parecia.

Los pocos españoles salen fuera,  
Que encerrados no quieren esperallos:  
De arcabuces delante una hilera  
Otra de picas luego, y los caballos  
A los lados; y así desta manera  
Con fiera muestra vienen á buscarlos;  
Llegados donde ya podian herirse  
Los unos á los otros dejan irse.

TOMO I

Y de rencor intrínseco aguijados  
Los movidos ejércitos venian;  
Suenan los arcabuces asestados,  
Del humo, fuego y polvo se cubrian;  
Los corvos arcos con vigor flechados  
Gran número de tiros despedian;  
Vuelan nubadas de armas enastadas  
Por valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse  
Van con rauda corriente sonora,  
Que resistiendo al tiempo de mezclarse,  
Aquella mas violenta y poderosa  
A la menos pujante sin pararse  
Volverla contra el curso es cierta cosa:  
Así á nuestro escuadron forzosamente  
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava  
Del número de gente y movimiento,  
Al español el bárbaro llevaba  
Como á liviana paja el recio viento:  
Entran sin orden, que ya rota andaba,  
Todos mezclados en el fuerte asiento,  
Y dentro del cuadrado y ancho muro  
Comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos españoles castigados  
Recogerse en la fuerza no quisieron,  
Que eran de corazones congojados  
Y de verse en estrecho rehuyeron.  
Quieren el campo abierto, y por los lados  
Del turbado monton se dividieron;  
Pero los de mas ser con mano osada  
Procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse,  
La carrera mas larga otros tomaron  
Que acordaron con tiempo guarecerse;  
Otros á la marina se llegaron,  
Metiéndose en un barco sin poderse  
Sufrir, las corvas áncoras alzaron:  
Satisfaciendo al miedo y bajo intento,  
Las velas con presteza dan al viento.

12